

Respetadísimo como profesor y como intelectual mucho antes de que alcanzara verdadera fama como arquitecto, Rafael Moneo no ha sido un escritor demasiado prolífico, al menos si lo comparamos con dicho respeto. Prestigio, pues, más formado en las aulas y en las conferencias que en las páginas de los artículos de las revistas, pero que cuenta, no obstante, con un nutrido grupo de ensayos de alto interés.

Con respecto al período que abarca esta antología, ha parecido oportuno reproducir dos textos y no sólo uno, como se ha decidido en algunos otros casos. Y ello tanto por la valía y significación de los mismos como por el altísimo relieve que alcanza hoy la personalidad de su autor.

Es el primero el artículo titulado “A la conquista de lo irracional”<sup>1</sup>, interpretación crítica de lo que estaba ocurriendo a la mitad de los años 60 en el panorama europeo y americano de la llamada “tercera generación”. Es de destacar, en un principio, que, en aquellos años y en el entorno cultural madrileño, la crítica de la situación internacional era muy escasa. En la revista *Arquitectura*, tan sólo Luis Moya –desde una lejana mirada, más allá de cierta frontera– escribía muy ocasionalmente. Aparte esta revista, la más difundida, estaba también lo que hacía Carlos Flores en *Hogar y Arquitectura*, algo lejos entonces de la intensidad informativa que tendría en los años inmediatos. Faltaba algún tiempo –poco– para el *Nueva Forma* de Fullaondo y para las crónicas de 30 d.a. (30 días de arquitectura) de Mariano Bayón en la revista colegial. Otro arquitecto ensayista bien conocido era Fernández Alba, pero más dirigido, en general, a las cuestiones nacionales.

En 1966 la voz de Moneo era, pues, tanto poco prolífica como algo solitaria. Cuando escribió el atractivo texto que presentamos tenía sólo 29 años, edad que no se adivina desde la profundidad –desde la madurez– que destila éste, y que nos trasmite la

1. *Arquitectura*, n. 87, marzo 1966, p. 1-6.

condición de “senador” –diríamos– que Moneo alcanzó ya desde su juventud. El texto trata de analizar el importante giro dado a la arquitectura por los protagonistas internacionales de aquellos años, tan alejados ya de la continuidad con el Estilo Internacional, aunque no tanto de los maestros orgánicos. Moneo pasa revista a un grupo de ellos: Rudolph, Stirling, Ungers,... (los puntos suspensivos son del propio autor), a quienes adscribe la intención de comunicabilidad y, a la postre, su dedicación a la arquitectura entendida como un lenguaje, privilegiando éste, y acudiendo en general al auxilio del pasado, a obras de “revival” de muy diverso carácter e inspiración. Inconformismo y evocación nostálgica son sus conclusiones.

Kahn y van Eyck forman para Moneo un grupo algo distinto para el que las preocupaciones de comunicabilidad no se llevan al particular plano lingüístico, sino al significado global del edificio, que debiera ser símbolo del «esquema social en el que está inscrito». El autor, sin dejar de admirar el esfuerzo de todos ellos y, singularmente, de los últimos (aunque esto es sólo una lectura entre líneas de quien escribe), sentencia finalmente de que se trata de «un gigantesco esfuerzo de la razón para conseguir algo que no está en su mano».

Moneo se siente entonces tan sensible como preocupado por las nuevas orientaciones. Bien sensible, pues él pertenecía, como es sabido, a los discípulos de dicha tercera generación, tanto en el plano español –trabajó con Oíza– como en el internacional, pues participó algo en la elaboración de la Opera de Sidney. Pero también muy preocupado al comprobar que la revisión de las ideas de los Maestros Modernos acababa siempre inclinada hacia las recuperaciones históricas. «Pienso que una recuperación de las técnicas, de la realidad, nos proporcionaría elementos lingüísticos más que suficientes para satisfacer todos aquellos deseos que el hombre busca en la arquitectura», dice en el artículo, en un momento dado, intentando señalar una vía de salida que no acudiera necesariamente a la historia.

Moneo se siente, pues, preso de la misma situación de sus mayores y es, sin duda, este reflejo que en sí mismo ve de lo que con ellos pasa lo que le trasmite la angustia de que éstos no le señalen el camino que de ellos cabría esperar, si no es el de acudir a la historia, moderna o antigua. Si Oíza en Torres Blancas y Utzon en Sidney agotaban caminos, más que abrirlos, con sus atractivas obras ¿no cabe otra cosa que caminar por los “revivals”, como hacen Stirling y Rudolph, Kahn y van Eyck? Al final del texto tiene la tentación de citar a Gaudí, como mejor ejemplo de quien supo crear con libertad al tiempo que trabajar con lo irracional sabiendo «entroncar con las vivencias primarias, inmediatas, con el auténtico sentimiento». Pero esta cita, por otra parte afortunada, ¿no significaba de nuevo otra llamada a la historia que,

aunque pudiera servir de abstracta señal, se convertiría en “revival” en cuanto fuera tenida como algo susceptible de ser aplicado?

Moneo siente el abismo de que cualquier revisión del moderno sea, inevitablemente, una llamada al pasado, sin que parezca posible la tesis zeviana del progreso formal permanente. Y si el tiempo demostrará hasta que punto esto era efectivamente así, pienso que, igualmente, sus obras han de situarse en el mismo y ambiguo terreno de sus mayores, aunque sin saber entonces como éstas le prepararían precisamente para el momento pleno, aún no llegado, en que el cansancio del moderno haga que se vuelva hacia la historia una mirada tan ansiosa como directa.

\* \* \*

Doce años después –al final así del período que abarca la presente antología– y con el texto «Entrados ya en el último cuarto de siglo...»<sup>2</sup>, tal parece que Moneo –que estaba ya convirtiéndose en un mito arquitectónico español de primera magnitud– continuara con el análisis de la revisión del moderno, si bien ahora le cabe explicar su aparente desaparición.

Constata así, como cuestión principal, la desaparición de los conceptos basamentales de función, técnica y sociedad. Atacada la primera ya desde los tiempos del texto anterior, siendo Kahn el revisionista más incisivo, Moneo analiza como fué Venturi quien más adelante la “bombardearía”, aunque no como concepto inútil, sino como ilegítima fuente figurativa y referencia traicionada. Prosigue con el modo en que Eisenman la niega como categoría arquitectónica, así como por la desaparición del papel de la estructura, y del de la relación entre arquitectura progresiva y función social, cuestión ésta última cuya desacralización habría celebrado principalmente Tafuri.<sup>3</sup>

Pero los nuevos tiempos, piensa Moneo, no tienen identidad pues ni siquiera alcanzan un nombre propio, y han destapado la “tumba” de la historia, por la que han resucitado los grandes “monstruos” (sic) con los que es preciso (¡ay!) convivir.

Resulta, pues, bien curioso que, 12 años más tarde, Moneo compruebe que el interés –acaso desordenado– por la historia de la arquitectura que entonces ya detectara, resultara finalmente imparable: la arquitectura necesitaba, al parecer, una especie de catarsis y ésta consistía en enfrentarla, casi uno a uno, con todos aquellos monstruos históricos que la modernidad había ocultado. Quien escribe piensa que, en efecto, esta confrontación era necesaria y conveniente, pasara lo que pasase,

2. *Arquitecturas bis*, n. 22, mayo 1978, p. 2-5.

3. Llama la atención a quien escribe el hecho de que Moneo no cite aquí, entre quienes llevan adelante la liquidación de las doctrinas modernas, a Aldo Rossi, figura tan singularmente significativa en dicho tema como especialmente atendida por Moneo en su momento; esto es, en la primera mitad de la década de los 70. En las tesis de Moneo de final de dicha década, expuestas en el texto que se reproduce, hay una posición excesivamente americana –Kahn, Venturi, Eisenman– y poco justa. La misma cita a Tafuri debería aclarar que la posición del famoso historiador debe mucho a la de Aldo Rossi, crítico incisivo, en su momento, de la sagrada tríada función, técnica y sociedad.

pues, sin ellos –sin los monstruos–, sin pagarles el tributo que exigieran y los abusos que provocaran, la arquitectura, como tal disciplina, no podía sobrevivir.

Moneo acaba el artículo del mismo modo que el anterior, reclamando que la solución sea moderna, contemporánea, o como debamos decir. En esta ocasión, y al ver tanto “revival”, habla de la necesidad de la invención de la forma, pero el discurso es el mismo: no dejarse engullir por los monstruos; demasiado cerca, demasiado fascinantes: él lo sabe bien, precisamente porque es de los pocos que, en ocasiones oportunas, ha debido manejarlos y lo ha hecho con soltura.

La disciplina moderna debe continuar, desde luego. Pero ¿acaso podía hacerlo antes de la “resurrección” de los monstruos? ¿No fueron éstos necesarios para volver a fundarla, para darle su sentido? ¿No ha sido precisamente la noción de disciplina y la inmersión en la historia que ella significaba la que ha dado un nuevo fundamento sobre el que soportar un nuevo desarrollo moderno? Tal vez al final de los 70 esto no podía verse con claridad. Pero hoy sabemos que la reacción moderna que sucedió al “post” se apoyaba en una nueva cimentación: un nuevo entendimiento de la arquitectura como forma con un sentido propio, con un contenido real, que antes no se percibía, o en el que, por tantas causas, no se podía creer.

Pues hoy ya, y a la postre, queda el moderno. Sin función, sin técnica y sin sociedad –con una nueva relación con ellas– el moderno, plural y ecléctico, pero moderno al fin, sobrevive. Y sobrevive, en su gran diversidad, como único panorama posible. No ha ocurrido ni está por ocurrir ninguna revolución semejante a lo que fue la moderna, y seguimos así, queramos o no, viviendo en su era. No es de extrañar, pues ya ocurrió muchas veces en el pasado: la aparición de un nuevo universo formal como respuesta arquitectónica a un nuevo modo de entender y de percibir el mundo no se produce todos los días y, cuando se realiza un verdadero cambio, sus efectos duran mucho tiempo. La ya tradicional sustitución del clasicismo, en sus diversas formas, por el moderno no será superada, y sustituida a su vez, hasta dentro de mucho tiempo: sólo transformada, enriquecida, alterada,...

Vivimos, pues, en tiempos manieristas, y plenamente ahora, mucho más que cuando ya, hace tiempo, esta cuestión empezó a ser considerada. Repetiremos, transformaremos, alteraremos, enriqueceremos,... formas; también las inventaremos, como quería –quiere– Moneo. Pero nuestras invenciones continuarán durante bastante tiempo en el interior de la rica y diversificada revolución moderna. Si el clasicismo revivió varias veces, ya una vez vencido, durante la vigencia plena del moderno, ¿que no será con éste? Aunque los rasgos de una revolución distinta fueran apun-

tando su aparición –y la fortuna de verlo así sería bien interesante, aunque poco probable–, la modernidad inventada en el siglo xx –las modernidades, si se prefiere– tardarán mucho tiempo en convertirse en un verdadero cadáver.

Difícil puede ser trabajar en el interior de una revolución “institucionalizada”, como la del partido gubernamental mexicano, pero no parece que nos quepa muy otro remedio. Administrar la revolución sin banalizarla, alimentarla con nuevos puntos de vista, no dejarla convertirse en una gastada e ineficaz convención parece ser la prueba, ya otras veces soportada en la historia de la arquitectura, que le cabe al proyectista contemporáneo. Pero la herencia es muy rica y el avance, por lo tanto, posible.